

INTELIGENCIA:

¿para el bien y para el mal?

La Inteligencia busca, pero quien encuentra es el corazón.

George Sand

Por FRANCISCO ALMAGRO

I.
En días pasados un grupo de amigos trajo a nuestras tertulias de ocasión el tema de la inteligencia humana. Cosa no rara: de pronto todos estábamos hablando de un personaje al que, tradicionalmente, reconocemos como un individuo inteligente, y alguien discrepó al decir que para él no era nada inteligente debido a que la relación con su familia era un desastre. Ese hombre, recalcó, no puede ser inteligente porque la inteligencia construye... y él no ha construido nada que sirva en su vida.

Después de esa intervención puede el lector imaginar lo que sucedió. Unos decían que la inteligencia nada tenía que ver con que fueras mejor o peor persona, buen padre o mal hermano. Otros, que era verdad que los tipos inteligentes siempre construían imperios de felicidad a su alrededor. De regreso a casa pensé mucho —curioso verbo en este tema— sobre qué era en esencia la inteligencia humana. Deslindar sus diferentes acepciones pudiera ser un ejercicio interesante porque... ¿quién no ha conocido inteligentes malos y buenos?

II.
Encontraremos tantas definiciones de Inteligencia como libros leamos. En general, se considera que la Inteligencia es una capacidad humana para aprehender el mundo en que vivimos, analizar y sintetizar sus muchos y complejos giros y dar respuestas creativas, originales, a problemas que este mundo nos plantea casi cotidianamente. Que no existe una Inteligencia, sino varias capacidades que pudieran considerarse inteligencias: la lógica-matemática que es la de los científicos, la lingüística de los escritores, la espacial en los ingenieros y arquitectos, la musical para quienes nacen con buen oído, la

cenestésica de los bailarines y los deportistas, la emocional, tan estudiada en los últimos años y que tendría que ver con la capacidad para controlar y hacer uso eficiente de los sentimientos. Por supuesto, cuando en una persona se mezclan dos o más de estas inteligencias, estamos en presencia de un ser humano con una gran potencialidad intelectual.

Pero, ¿nacemos o nos hacemos inteligentes? Parece que un individuo inteligente viene a este mundo, para hablar en lenguaje cibernético, dotado de una memoria capaz de almacenar bastante información. Pero también necesita una memoria de procesamiento elevada, como las computadoras modernas, porque tan importante sería almacenar los datos como sacarlos a gran velocidad frente a determinados estímulos del ambiente. En una época se dijo que tener buena memoria era ser inteligente. Hoy sabemos que es sólo una parte del proceso porque hay enfermos mentales capaces de aprenderse de memoria y en minutos una página completa del directorio telefónico.

Además, parece que heredamos algunos tipos de inteligencia. Lo demuestran las familias de músicos, escritores, ingenieros, arquitectos, etc. Pero, como los músculos, que sin ejercicio se atrofian, el cerebro necesita ejercicios y oportunidades. Usted puede encontrar un campesino que, de haber tenido la oportunidad de estudiar en la Universidad, posiblemente fuera un reconocido ingeniero agrónomo. No basta, entonces, lo que traemos como dote cerebral. Hay que hacerla producir.

III.

La discusión de mis amigos radicaba en si un individuo malo puede ser inteligente. Es ahí donde se complica el asunto, pues la mayoría opina que la inteligencia no es una cate-

goría moral: eres listo o lerdo y punto. Si una persona tiene malos o buenos sentimientos —un terreno resbaladizo pues depende de quién hable—, ¿eso tiene que ver con ser más o menos inteligente?

Para empezar, en la Historia de las religiones, el Mal nunca se ha representado como tonto. Todo lo contrario. Diablo, dentro de sus muchas acepciones, significa aquel que engaña. Y sabemos que para mentir y confundir a los buenos hombres se necesita algún tipo de talento. La figura del Mal o su personificación en La Biblia aparece casi siempre bajo apariencias del Bien. Sus tentaciones son sustanciosas. No hay más que leer el pasaje de la tentación en el Paraíso para darse cuenta de cuánta maldad inteligente asiste a la serpiente. Como es habitual, el Mal promete casi lo mismo que el Bien. Lo hace de modo tan seductor que se le hace difícil al hombre un rechazo de plano. La clave de discernimiento está en la cita a este trabajo: *...pero quien encuentra es el corazón.*

De ese modo, pasamos inevitablemente del campo de la neurología y la psicología, que nos dicen qué es la Inteligencia, al terreno de la Filosofía y la Ética, cuando le agregamos el calificativo de Humana. Las definiciones operacionales científicas no pueden extrapolarse a otros campos de la vida. Inteligencia puede ser una medición de psicometría, una capacidad para resolver problemas matemáticos, para componer melodías, para batear pelotas por encima de la cerca, pero esos criterios operativos concretos, mensurables, comprobables, por ser actividades ligadas al hombre y que sólo a este es dado realizar, necesitan irremisiblemente un cuestionamiento ético.

Pongamos algunos ejemplos. Ted Bundy, uno de los asesinos en serie más famosos en Estados Unidos, realizó varios estudios universitarios.

Fueron precisamente sus conocimientos de psicología y leyes y su encanto personal –inteligencia social– lo que le permitió acercarse a sus primeras víctimas. Durante el largo tiempo que medió entre su captura y ejecución, Ted Bundy se convirtió en una estrella mediática. Era difícil creer que este hombre tan inteligente fuera un frío descuartizador de mujeres y adolescentes.

Albert Speer y Joseph Goebbels fueron dos de los más inteligentes colaboradores de Hitler. El primero logró armar en breve tiempo un ejército demoledor que no tuvo contrarios en Europa durante los primeros años de guerra. Le llamaban el arquitecto del Diablo. Del segundo se llegó a decir que era un genio de la propaganda. Sus conocidos *Principios* –simplificación y enemigo único, contagio, orquestación, renovación, etc.– son herramientas que todavía pueden ser usadas por cualquier institución o partido político que desee una campaña propagandística exitosa.

Quien conoce del béisbol sabe que batear una pelota a más de 90

millas, y sacarla por encima de los 400 pies es una verdadera proeza. Pero si esa habilidad se repite 73 veces en una temporada, estamos hablando de un superdotado de inteligencia cenestésica. Barry Bonds tiene ese y otros liderazgos en las llamadas Ligas Mayores. Pero Barry Bonds está complicado en un presumible consumo de esteroides, y ahora enfrenta un juicio por mentirle al jurado. En Estados Unidos ha pasado de ilustre a villano. Lo mismo ha sucedido con la corredora Marion Jones, a quien además de retirársele cinco medallas olímpicas por consumo de sustancias prohibidas, le piden años de cárcel por delito de perjurio.

IV.

Luego, ¿existe una inteligencia humana aséptica, sin adjetivos? Algunos responderán que sí; que independientemente de una valoración moral, Bundy, Speer, Goebbels, Bonds y Jones son genios. Otros, no deslindarán las dotes técnicas de las éticas, pues la pregunta para ellos no es en qué eres inteligente, sino para qué usas tus capacidades.

Así, la discusión en torno a la inteligencia humana carece de sentido si no establecemos los límites necesarios.

Una cosa es definir Inteligencia como una capacidad especial para aprender y resolver problemas de manera creativa, y esto caería dentro del campo de la psicología, y otra cosa que determinada persona es inteligente de acuerdo a cómo y para qué usa tal capacidad, lo cual tiene que ver con la moral. Mucha gente quedaría sorprendida ante los resultados de las psicométrías

que se realizan a connotados delinquentes: rinden a nivel promedio y hasta como genios.

El peligro de no deslindar una actividad humana del ser persona, radica en que podemos caer en la sobre o subvaloración del individuo. Si no admitiéramos que Goebbels tenía un talento especial para manejar la lingüística y la sociología, no podríamos comprender las entrañas del fenómeno nazi-fascista y sus émulos totalitarios; tarde o temprano, los alumnos neo-goebelianos vendrían por una segunda oportunidad.

Pero admirar a un asesino como el Ministro de Propaganda del III Reich en base a su inteligencia nos hace cómplices de una de las mentes más torcidas del siglo XX.

Avanzando más allá de la Psicología, e incluso de la Filosofía, entramos al terreno de la Teología, y presumiendo la existencia de Dios, ¿no se trata de una Inteligencia Suprema? Si nunca el Mal aparece como tonto, tampoco supera a Dios como Inteligencia Creativa. Es el Diablo, o la denominación que quiera dársele, quien debe ingeniárselas para derrotar al Bien, a Dios. La Inteligencia del Mal no es un estado natural y perdurable, pues no está enfocada a la Creación, al Amor, sino a buscar los modos de engañar y destruir al Absoluto. El Bien, la Inteligencia Suprema, Dios, existe entonces antes y por encima del Mal.

Por ese camino llegamos a que la Inteligencia, de cualquier tipo y cantidad, solo puede serlo en el ser humano si está dirigida al Bien, al Amor. La Inteligencia del Mal - ¿acaso puede existir bajo estos conceptos?- es un desorden que, tarde o temprano y por su naturaleza intrínseca torcida, tiende a desaparecer. Y la razón parece muy sencilla y compleja a la vez: porque es incapaz de Amar.

